

El II Simposio Internacional «Leo Frobenius»

Por su importancia, publicamos a continuación el texto completo del discurso pronunciado por el Director General de la UNESCO, Sr. M'Bow, en Dakar, con motivo de la apertura del Segundo Simposio Internacional "Leo Frobenius":

"Con alegría y emoción me asocio a la apertura de este Segundo Simposio Internacional organizado en honor de Leo Frobenius. En efecto, es siempre agradable celebrar la victoria de un pensamiento de vanguardia, después de un largo período de lucha en solitario. Pero ¿cómo no sentir, al mismo tiempo, cierta melancolía al pensar que esta victoria llega cuando su autor ya no existe?

Fallecido en 1938, Leo Frobenius tuvo, desde luego, ocasión de suscitar amistades y de tener discípulos, así como de cosechar algunos éxitos en los círculos intelectuales anteriores a la guerra. Pero el mundo no empezaría a responder a sus intuiciones ni Africa a reemprender el curso de su historia —como él predijo— hasta después de esta guerra.

La suprema consagración, conocida por tan pocos pioneros, del paso de sus ideas a una realidad vivida día a día por decenas de millones de hombres, le fue rechazada. Es el precio de una inteligencia demasiado avanzada para su época. Pues ya en 1915, medio siglo antes que sus contemporáneos, pronunció, respecto de un Occidente que tenía los ojos tapados, estas palabras premonitorias: "Gran parte de la humanidad fija sus miradas sobre el patrimonio, antes tan sólido y tan seguro

(pero hoy, para los que saben ver, tan muerto) de los conceptos "bien fundados", de los hechos "bien demostrados", de los derechos "bien adquiridos". La gran mayoría de nuestros vecinos tienen, así, una visión inmovilizada, y son poco numerosos aquellos que se atreven a mirar atentamente hacia los fenómenos de renovación, hacia las fuerzas que suben desde dentro, de las profundidades del hormiguero, para alcanzar la superficie del mundo".

En esta época, Africa, vista desde Europa, se parecía todavía a un continente sin rostro. A pesar de ser la cuna de antiguas civilizaciones, se aparecía a sus conquistadores esencialmente como un país de salvajes buenos, como una simple reserva de materias primas o de mano de obra barata. Desde el punto de vista de la cultura occidental, que sólo reconocía su propio código de valores, el africano no era más que un hombre a la espera de serlo, al que únicamente el europeo podría insuflar un alma.

Frobenius es uno de estos europeos de excepción que, desde principios de siglo, se atrevió a poner en tela de juicio estas pretendidas evidencias. Quiso escuchar al Africa, expresarse en su propia lengua; intentó penetrar los significados específicos de sus culturas. Y no temió decir en voz alta la conclusión, fundamentalmente subversiva, que sacó de esta exploración: que existían otros universos socioculturales aparte del Occidente y que este último, a partir de ese momento, tenía las mismas razones para gobernar el universo que cualquier otra civilización. A consecuencia de lo cual, preveía en Europa una crisis de valores; "cada una de las grandes naciones que se creen personalmente responsables del "destino del mundo" cree que únicamente ella posee la clave para comprender todo y a las demás naciones. Esto es una postura del pasado. ¡Herencia! Debe caer por su base".

En lugar de una visión monocéntrica del mundo, donde la figura del hombre aparecía con los rasgos del occidental, Frobenius esbozó la visión de un hombre universal, refractando la imagen plural de todos los pueblos de la tierra.

"Para mí, escribía en "El destino de las civilizaciones", todo ocurre como si los mayores acontecimientos de la historia mundial se distinguieran de los más pequeños únicamente por sus dimensiones y como si el hombre, desde los poblados de la estepa africana, del desierto árabe o de la jungla india, hasta las naciones que dominan el mundo, viviese las mismas experiencias".

De este modo se plantean dos principios fundamentales que están en el corazón mismo de la problemática actual del mundo: la globalidad de los problemas que hace que estas naciones dependan cada vez más unas de otras y la especificidad de las situaciones que es testimonio del genio propio de cada pueblo y determina sus aspiraciones más profundas.

Desde entonces, cada pueblo puede, por fin, ser considerado por los demás en su irreductible singularidad, y su aportación a la historia mundial puede considerarse como un componente fundamental del destino de la especie.

Entonces se hace posible interrogarse, en términos objetivos, sobre las verdaderas razones por las que el Occidente moderno ha podido someter a su ley al resto del mundo. Esta ley no se derivaba de ningún decreto de derecho divino; en los dominadores, no traducía ninguna superioridad natural sobre los dominados; era el resultado de un proceso histórico determinado. ¿Cuáles fueron sus mecanismos? ¿Cómo interpretar la eficacia del sistema de dominación cultural y económica que alcanzó? ¿Cómo explicar, sobre todo, que este sistema haya sobrevivido al período colonial, para reproducirse bajo determinadas formas de la dependencia indirecta?

La búsqueda de respuestas a estas preguntas es lo que ha subentendido todas las acciones llevadas a cabo por los pueblos de Africa, desde que han recuperado su voluntad de ser y, en especial, desde que esta voluntad se ha encarnado en estos independientes.

Por mi parte, resumiré la lección que se deduce de su múltiple experiencia, durante estos últimos decenios, en la siguiente fórmula: si el mundo industrializado ha conseguido influenciar profundamente la marcha de Africa, es, ante todo, porque los africanos no han logrado oponer a su modelo de desarrollo una alternativa de progreso que tuviese sus raíces en sus propias tradiciones.

Frente al concepto del progreso realizado por la sociedad industrial, Africa no ha tenido durante mucho tiempo, en efecto, más que una reacción esencialmente defensiva. Ya sea una postura de repliegue, sobre un cuerpo de tradiciones de las que algunas se cerraban al mundo, dirigiéndose hacia el pasado, ya sea una idea preconcebida de imitación servil respecto de las formas de pensamiento, de trabajo y de vida que proporcionaba el mundo industrializado. El estancamiento o la despersonalización.

Este dualismo se insinuó a todos los niveles de la realidad social e individual, escindiendo una misma región, dividiendo a una misma familia, traspasando a una misma persona que entonces se encontraba desgarrada entre la fascinación que ejercía sobre ella la sociedad industrial y la fidelidad que mantenía a la solidaridad usual del medio ambiente tradicional.

Por una parte, la eficacia productiva introducida por la fábrica, el espacio de comunicación abierto por los medios de transporte o de información, el poder de curar que ofrece la medicina moderna, le imponían su evidencia. Por otra parte, la temible disciplina de la mina o de la cadena de montaje, la parcelización del trabajo, el desarraigo del individuo en ciudades anónimas y su aislamiento en el

marco de un "habitat" vertical, la creciente polarización social, desgarraban el tejido de la vida comunitaria y proyectaban al africano, solitario y desarmado, en un universo que le era extraño.

La sociedad africana se ha basado siempre en un sistema de equilibrios necesarios, entre la función de cada cual y el interés de todos, entre las cadencias de la sociedad y los ritmos de la naturaleza, entre las exigencias de la producción y las finalidades de la cultura, al estar el conjunto de las manifestaciones de la vida social regido por normas espirituales y morales asumidas por todos.

Frobenius observaba en 1906, en su "Historia de la civilización africana", a propósito del territorio Kassai-Sankuru: "los gestos, los modales, el canon moral del pueblo entero, desde el niño pequeño hasta el anciano, a pesar de mantenerse en límites absolutamente naturales, estaban impregnados de dignidad y de gracia (...). No conozco ningún pueblo del Norte que pueda compararse a estos primitivos por su unidad de civilización".

Comprometido en un proceso que le arrancaba cada vez más de este ambiente, el africano moderno perdía poco a poco su integridad psíquica y, con ella, la energía de su creatividad personal. Con frecuencia se revelaba. Pero entonces, cada vez, se enfrentaba a un dilema casi sin salida: o mantenerse totalmente fiel a las estructuras tradicionales inmutables, de las cuales algunos aspectos tenían cada vez menos influencia sobre las realidades modernas, o intentar corregir estas realidades inspirándose en los modelos socioeconómicos importados de fuera que no hacían más que acentuar, a su vez, su aversión.

Hasta estos últimos años, prevaleció la idea de que no había otra elección posible. Que ser fiel a las tradiciones era ser necesariamente prisionero de todos los elementos del pasado, y que querer el progreso implicaba necesariamente el abandono de estas tradiciones, la disolución de las estructuras mentales y materiales que les sub-tendían, así como la adopción pura y simple de los esquemas y de las actitudes propias a la modernidad de las sociedades técnicas.

Cada vez son más numerosos los que piensan, desde ahora, que no solamente es posible romper este círculo vicioso, sino que es urgente el hacerlo. La única posibilidad para África parece residir en un concepto que trasciende de esta dualidad esterilizadora, a través de un renacimiento asumido en toda libertad desde dentro y fundado en los valores sociales, humanos y espirituales, heredados de la tradición y de las aportaciones satisfactorias del progreso.

Si un sistema de tradiciones inmutables puede constituir un freno para el progreso, la traición global de aquellas priva al progreso de su razón de ser, ya que arranca a los pueblos su propia alma. Si el desarrollo se concibe como el florecimiento global de un pueblo, sólo puede basarse en la afirmación de los valores espirituales, morales y estéticos

que definen su personalidad colectiva. Ya ha llegado, pues, el momento de decir nuestra convicción de que tradición y progreso no son dos nociones antitéticas, sino complementarias; y que entre ellas existe una relación necesaria.

La fe no prohíbe el conocimiento, sino que, al contrario, lo supone y lo solicita. Y las certidumbres, las permanencias que se vinculan a todo sistema cultural que tenga sus raíces en una larga tradición, ofrecen todas ellas espacios de libertad abiertos a la duda creadora, a la búsqueda, al cambio.

La única cuestión pertinente que se nos plantea a nosotros, hoy, no puede ser la de un dilema que deba dilucidar entre un pasado anticuado y la imitación del extranjero, sino la de selecciones originales a realizar entre los valores culturales que es fundamental salvaguardar y desarrollar —porque encierran los profundos secretos de nuestro dinamismo colectivo— y los elementos que, a partir de ahora, es necesario superar, porque frenan nuestra aptitud para la reflexión crítica y para la innovación. Del mismo modo, tenemos que seleccionar los elementos de progreso que nos ofrecen las sociedades industriales, adoptando únicamente aquellos que se adaptan a nuestras elecciones de sociedad y de los que somos capaces de hacernos cargo y de desarrollar, poco a poco, por y para nosotros mismos.

En esta perspectiva, cada africano está llamado a contribuir a la elaboración del futuro, participando en los arbitrajes que se imponen, pensando de nuevo en la herencia de ayer, a la luz de los desafíos de hoy.

Se comprueba entonces que este camino es, a la vez, el de lo auténtico y el de la democracia, ya que supone que a la iniciativa individual se le ofrece el único marco donde puede efectivamente florecer, el marco comunitario. Y cuando los planificadores actuales restablezcan la antigua práctica de la consulta colectiva, sus decisiones arraigarán por fin en un consenso social que garantice la libre expresión de cada cual y el respeto de los intereses de todos.

En el plano político y social, semejante proceso puede actualizar las reglas de la palabrería tradicional, así como regular los numerosos conflictos —dentro de las comunidades amenazadas por el ritmo de la vida industrial— a los que, entonces, devolvería una confianza y una creatividad nuevas.

En el plano económico, el proceso llevaría, por una parte, a que los proyectos modernos fuesen gradualmente asumidos por los pueblos llamados a realizarlos y, por otra parte, a que estas poblaciones se adaptasen ellas mismas, voluntaria y conscientemente, a los cambios psíquicos y tecnológicos indispensables al progreso.

En el plano de las estructuras de producción, determinadas formas tradicionales de asociación, uniendo la posesión individual a la ayuda mutua colectiva, se han revelado más actuales que nunca. Espontáneas en el pasado, pueden ser regeneradas, en diversos grados, a fin de responder concretamente a las necesidades de una reproducción muy dilatada, destinada a asegurar el bienestar de todos.

En el plano de la educación, la comunidad ha asumido siempre una función de transmisión de valores culturales que está perdiendo y que, a cualquier precio, debe recuperar. Desde la concepción de los programas y la elaboración de los manuales, a las formas de relación de la escuela y de la vida, la integración del saber tradicional y del saber moderno —que empiezan a adquirir parte de los jóvenes— aparece como un factor de equilibrio sociocultural determinante.

En cuanto a la UNESCO, contribuye en la medida de sus posibilidades al esfuerzo general de rehabilitación de la tradición al servicio de un desarrollo endógeno de Africa. Entre los grandes proyectos que ha puesto en marcha, citaré a estos efectos la "Historia general de Africa", obra colectiva monumental que aspira a una primera síntesis de todos los trabajos realizados, en una óptica descolonizadora, sobre el pasado de Africa. También mencionaré el Plan decenal para el estudio de la tradición oral y la promoción de las lenguas africanas, que incluye, sobre todo, investigaciones sobre la transcripción y la armonización de las lenguas africanas y la elección de alfabetos que podrían servir de referencia a la transcripción de todas aquellas lenguas. Por último, citaré los ejes de investigación, realizados ya por las consultas de expertos, con vistas a un gran proyecto que intenta poner de manifiesto las especificidades de la cultura negro-africana.

Los esfuerzos que faltan por hacer son evidentemente mucho más importantes que los que ya se han llevado a cabo. Pero lo fundamental es que se dé el impulso, que la imaginación y la inteligencia de un número creciente de hombres y de mujeres salgan de la angustiada oscilación entre los elementos sin salida del pasado y la aculturación, a fin de orientarse hacia la búsqueda de vías originales de progreso que relacionen indisolublemente lo nuevo a lo viejo.

En esta perspectiva, Leo Frobenius nos ha abierto algunas de las avenidas más amplias y más exaltantes.